

# EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

FRANQUEO  
CONCERTADO

FRANQUEO  
CONCERTADO

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros como yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

## DOS DISCÍPULOS

### DE «EL MOTIN»

(Del que es Director Nakens)

En 1886 era yo cura de Vallecas, pequeña villa situada á cinco kilómetros de Madrid.

Un día muy crudo de aquel invierno debía ausentarme de la parroquia para reclamar en la Corte la devolución de algunos ornamentos riquísimos pertenecientes a mi iglesia.

Contento del resultado de mis gestiones, me dirigí al barrio del Pacífico para regresar al pueblo tomando el tranvía de vapor que partía de aquel sitio á las cinco de la tarde.

Llegué algunos minutos después, viéndome obligado á esperar hasta las siete, hora designada para el primer viaje de la noche.

Entretanto resolví guarecerme en el portal de alguna casa cercana, pero dos dependientes del Resguardo de consumos, conociendo sin duda mi situación, me ofrecieron un asilo más seguro contra la perfidia de los aires procedentes del Guadarrama.

Acepté la invitación. Después de acreditar mi gratitud con una buena propina, me hallé en un local cómodo y templado. Era el fielato, donde varios sujetos de mala traza sostenían una conversación animada sobre la variedad de los peligros que ofrece la persecución activa del contrabando.

—¿Qué opina usted, señor cura, de nuestro oficio?—me preguntó luego uno de aquellos hombres.

—Yo entiendo—le contesté—que quienes arriesgan la vida en ese servicio de represión necesitan el amparo de un poder invisible, más eficaz que todo vuestro valor y pericia contra los instintos de algunos matuteros, siempre dispuestos á salvar en el revuelto campo de luchas sangrientas los productos de un comercio reprobado. Ese apoyo misterioso proviene de Dios, solícito protector de los buenos cristianos.

—Así debe hablar un buen padre de almas á cuantos como nosotros nada saben de las cosas que están de tejas arriba—dijo el más viejo de los dos dependientes propinados.—Es muy agradable—añadió dirigiéndose á mí—tratar con curas tan espléndidos como usted. Desgraciadamente no podemos decir lo mismo de ese pillo

con sotana que gobierna la parroquia de Vallecas.

—¿Conoce usted bien á ese cura?—le pregunté algo sorprendido.

—Demasiado—respondió el dependiente.—Todos los días, abusando del respeto que le debemos, introduce en Madrid «géneros prohibidos». Hace un mes que, hallándome de vigilancia en lugar designado para segundo registro, le vi atravesar el radio con un enorme cargamento oculto debajo del manteo. Chico—dije á mi compañero—aquel bulto no es natural, y pues que ya nos compromete tanta condescendencia echamos mano á ese clérigo para que en lo sucesivo sea menos escandaloso ó... más atento con nosotros. Le detuvimos, en efecto y hayándole dos magníficos jamones, fué conducido al fielato, donde el jefe decomisó la mercancía, despidiendo luego al *cerdote* contrabandista con una reprobación que hubiera dejado corrido al hombre de menos vergüenza.

—Ciertamente—contestó con una calma fingida—El hecho es deshonoroso para un eclesiástico, y motivo de dolor para la Iglesia. ¿Pero está usted seguro de que aquel sujeto no era algún malhechor disfrazado de sacerdote? Es cosa bien sabida en Madrid que los rateros de oficio suelen vestirse como yo para hacer á personas muy expertas víctimas de una destreza pasmosas.

—Ningún bellaco disfrazado ha podido engañarnos todavía—dijo resueltamente otro individuo del Resguardo.—Y para que usted se persuada de que conocemos bien á cuantos traen entremanos por aquí malos negocios, me bastará decirle que ese mismo cura de Vallecas ha querido ocultar el resultado de su afición predominante, enviando hace pocos días á Madrid al hijo de su criada. Este niño, legalmente reconocido, fué entregado, previo el ofrecimiento de una pequeña pensión, á la hija mayor de mi hermano, la cual ya sabía también más de lo que es menester sobre las incontenencias de aquel odioso sacerdote. Cuando acabo de referir—añadió el dependiente, después de una ligera pausa—sería muy disculpable en cualquiera de nosotros, porque somos gente considerada, pero el *oremus* de Vallecas, que tiene la obligación de enseñarnos á ser hombres honrados, es un criminal contagioso

y merece que descubramos todas sus infamias. Recientemente ha sido complicado en una causa por robo sacrilego, y aunque los tribunales no pudieron condenarle, se sabe que uno de sus cómplices empeñó ayer con nombre supuesto, en cierta casa de préstamos, varias de las alhajas que habían desaparecido.

Confieso francamente que la proccacidad de aquellos dos canallas encendió en mi corazón el fuego de la ira, sintiendo al mismo tiempo vehementes deseos de apoderarme de algo que tenía cerca para molerles á palos; pero Dios me hizo al momento la gracia de una serenidad provechosa.

—Sé que algunos sujetos de distinción—dije á mis detractores—alaban el celo y la piedad del cura de Vallecas, pudiendo asegurarnos que si esas personas tan lastimosamente equivocadas respecto de la conducta de aquel ministro de Dios, tuvieran noticia cierta de los hechos que acabáis de denunciarme sería de puesto enseguida como clérigo indigno de tener participación en el gobierno de las almas. Para que puedan arrepentirse quienes con tanta sinceridad favorecen á ese sacerdote depravado, es necesario presentarles pruebas suficientes que vosotros mismos estáis obligados á facilitarme.

Yo no dudo de que alguien ha recibido el encargo de consignar en los libros del fielato el resultado de vuestros servicios contra las introducciones fraudulentas; puedo creer, además, que sabéis cómo se llama y dónde vive la mujer encargada del niño bastardo; también debo vencerme de que no ignoráis la fecha aproximada del robo, el sitio dónde se cometió y las señas de la casa en que están las joyas empeñadas. Con estos datos y vuestros nombres pronto podrán ser evidenciadas ante quien corresponda, las maldades de ese singular matutero que sabe prepararnos cada día un lance dificultoso. Comencemos, pues por llamar al jefe del fielato, para rogarle que nos lea el acta del decomiso.

—No es necesario—exclamó un señor bien portado, presentándose repentinamente.—Lo he oído todo, desde mi despacho y os aseguro—continuó dirigiéndose á los difamadores—que mi tolerancia no llega



hasta el punto de incluir esta villa en el número de las que os llevo perdonadas. Ahora seréis expulsados por granujas y calumniadores.

—Si ha sido una broma solamente, don fulano — replicaron aquellos bellacos.

—Nadie logrará convencerme de que pueda ser tratado como vosotros queréis lo que constituye un delito. Eso de que habéis prendido por defraudador á un sacerdote y de que yo me he visto en el caso de corregirle es tan falso como todo lo demás. Tenéis todavía poca destreza para aplicar las lecciones de *El Motín*, cuyos redactores, que viven á expensas de muchos necios como vosotros no aceptarán seguramente el encargo de alcanzaros misericordia del cura de Vallecas. Este eclesiástico debe llevaros á los tribunales. ¿Creéis que el caso es para menos?

—Nosotros mismos iremos — contestaron los dependientes con temor mal disimulado — para dar al señor cura una satisfacción tan cumplida como él pueda desearla.

—Creo — dije yo entonces que no necesitaréis acudir á este medio para evitar las consecuencias de un proceso. Estando ya probado que habéis atribuido con mentira hechos infamantes á una persona muy transigente en cuestiones de amor propio, es indudable que ella estimará más que cualquiera otra clase de reparación la nobleza con que acaba de ser defendida. Me consta, por otra parte, que el cura de Vallecas es capaz de influir en el ánimo de vuestro jefe, si esto fuera necesario, para que no se os aplique el más leve castigo y que á cambio de ese rasgo tan notable de bondad ha de exigiros solamente que después de suprimida vuestra afición á recoger la basura que os venden por una perra chica semanal ciertos periodistas dignos del grillete, recordéis, al ocuparos del prójimo el deber que impone á todos los hombres el octavo mandamiento.

Seguidamente salí del fielato para tomar asiento en el tranvía.

Algunas semanas después me distinguieron aquellos perdularios entre un grupo numeroso de viajeros que llegábamos al Pacífico procedente de Vallecas.

Mis dos apologistas de *gorra y pincho* se me acercaron respetuosamente, y después de asegurar que en la noche de marras no habían previsto que yo pudiera ser la misma persona de quien se propusieron hablar con tanta soltura, empeñaron su palabra de quererme bien, y de renunciar para siempre á la lectura de *El Motín*.

Yo no sé, al cabo de tantos años, si habrán sido fieles á sus promesas. Lo que puedo afirmar es que casi todas las malas obras atribuidas hoy al clero católico con invenciones de escritores hambrientos, cuya única cien-

cia consiste en aderezar la mentira, para ofrecerla como mercancía licita á la pública simpleza, y que entre quienes viven de un oficio tan infame hay abogados sin minutas, médicos sin enfermos, empleados cesantes y algunos clérigos apóstatas que padecen persecución por la justicia... de sus respectivos obispos.

M. PAREJO, párroco.

### ¡OH, LOS INCRÉDULOS!

Dice D. Alfredo Calderón en uno de sus recientes artículos tratando de las curaciones prodigiosas acaecidas en la última solemnisima peregrinación al Pilar de Zaragoza, que si pudiera confirmarse la verdad de un solo milagro entonces dejaría de dudar, reconociendo un Poder sobrenatural. Así, poco más ó menos dijo; no tengo el artículo de referencia a la vista. ¡Pobre don Alfredo! Se encuentra como el alma de Garibay, ni cree ni deja de creer; duda, es decir, que á pesar de sus escritos rabiosamente sectarios no las tiene todas consigo. Es como aquel que se empeñaba en convencer á los demás á ver si resultaba convencido él mismo.

¡Que necesita la certeza de un milagro para creer!... Y hasta me parece que también recordó el dicho aquel de Santo Tomás «ver y creer».

Pues bien; Santo Tomás es el mejor argumento contra los incrédulos, pues si necesitó ver para creer en la resurrección del Divino Maestro y vió y palpó y creyó hasta dar su vida por la verdad de la Religión del Crucificado, ¿qué mejor prueba del milagro de la Resurrección y con él de la divinidad de la Religión Católica, y por consiguiente de la existencia de un Ser poderosísimo que venció á la muerte y que puede cambiar á su antojo las leyes todas del Universo, hacer milagros?

¿No le basta esto á don Alfredo para salir de dudas?

En Lourdes se están verificando continuamente desde hace muchísimos años milagros á cual más portentoso. Allí, delante de la gruta de Nuestra Señora, los ciegos ven, los físicos curan, los cojos sanan, los moribundos vuelven á la vida en todo su vigor y no ante *cuatro beatos*, como diría D. Alfredo Calderón, sino ante creyentes é incrédulos, ante médicos de todas castas y religiones prevenidos contra todo lo que lleva el sello de lo sobrenatural, pero que ante la evidencia del hecho, ante lo admirable de la curación no pueden menos de certificar de su puño y letra «el milagro».

Pero estos milagros, como los del Pilar y los de tantas otras partes, debidos á la Misericordia de Dios y de su Madre Santísima, no los ve don Alfredo aunque los ven millares de

personas, y porque no los ve no creerá en ellos. Bien, prosigamos.

Milagro que se repite cuantas veces se quiera es el de la liquefacción de la sangre de San Genaro, en Nápoles. Basta aproximar la cabeza del Santo, que también se conserva allí, á su sangre en estado sólido, contenida en una ampollita de cristal para que al momento pase al estado líquido, además de verificarse esta transformación milagrosa todos los años desde la tarde del 18 de Septiembre al anochecer del 19, teniendo las autoridades civiles y militares, cualquiera que sea su procedencia política, especialísimo cuidado en publicar la continuación del milagro, enténdalo bien don Alfredo, del milagro, porque se cree que algún día cesará, no se sabe cuándo.

Ya me parece estar oyendo al bueno de don Alfredo, si es que me lee, que todos los milagros se los pongo fuera de alcance.

No se mueva de Madrid entonces; si es que él no sale á veranear, creo que sí saldrá huyendo de la quema madrileña, pero si no sale, si tiene verdadero interés en presenciar un milagro al que la ciencia, ¡oh, la ciencia!, no encuentra explicación por más que ya ha acudido á todos los medios de que dispone, en el convento de la Encarnación sucede una cosa parecida á la que acabo de referir de Nápoles. Desde el 23 de Julio, víspera de San Pantaleón, hasta el anochecer del 27, la sangre de este santo mártir que durante el año está seca, como helada, se vuelve líquida, espumosa, hirviente, y se expone á la veneración de los fieles. El milagro es tan patente y probado, repito, que desafía la crítica más atrevida.

¿No pide milagros don Alfredo Calderón? ¡Pues si los tiene en casa como quien dice! Pero, ah, que la incredulidad es muy especial!

Los fariseos veían á Jesús obrar milagros y no obstante no creían en él.

En nuestros tiempos, Zola, el inundo Zola, presenció en Lourdes la curación de María Lamarchaud, enferma de un lupus en la cabeza, con asquerosa llaga, viendo desaparecer completamente el lupus, la llaga y la hinchazón que ésta producía, quedando el cutis tan sano y transparente que casi se veía circular la sangre por las venas capilares, y Zola calificó el suceso de «verdadero milagro».

Tuvo ocasión también de confirmar la curación radical de María Lebranchu tísica en último grado, que vivía en el mismo barrio y no quiso por temor al milagro.

Zola vivía muy á gusto en su incredulidad, no quería creer, como no quieren creer todos los incrédulos sistemáticos ó de conveniencia. Si haciéndose los *espíritus fuertes* ganan más honores y riquezas, á ser *espíritus fuertes*...



¡Pobres incrédulos si habéis de seguir blasonando de vuestra incredulidad hasta el momento de expirar! Qué desgraciados, cuán dignos de compasión soís, pues por unos momentos de vano orgullo os jugáis toda una eternidad!

«Ver y creer» dijo sí, Santo, Tomás, pero el Señor le respondió: «Bienaventurados los que no vieron y creyeron.»

Ya lo sabe don Alfredo. Recapacite.

J. O. F.

AL PUEBLO

IX

El programa socialista y el programa católico

El acontecimiento de mayor resonancia que intervinieron los socialistas hace poco más de dos años fué el Congreso Internacional de Amsterdam.

Oye cómo, respecto de este Congreso, se expresa una autorizada Revista de Madrid:

«Descartando todo lo teatral y aparatoso de este Congreso de revolucionarios, como sus votos en favor de la paz, los abrazos de los delegados ruso y japonés y demás tramoya apta para deslumbrar incautos, queda escuetamente y como fruto principal de aquella reunión el voto en favor de la lucha de clases, es decir en contra del socialismo posibilista.

El socialismo, tal como lo interpretan los posibilistas u oportunistas, caminaba derechamente á su desaparición del campo de la sociología militante; porque al incorporar al programa de los partidos políticos gubernamentales las muy limitadas reformas viables de carácter social que figuran en la bandera socialista, se iba, derechamente á que el socialismo fuese absorbido por las demás agrupaciones revolucionarias disolviéndose en ellas como un arroyuelo en río caudaloso. Hay además la circunstancia de que todas estas reformas de carácter socialista y que pueden tener realización inmediata, figuran ya en los programas de todos los partidos burgueses, y aún en algunos como el católico, están mejor comprendidos y desarrollados por tener fundamento más filosófico y antecedentes históricos de que carecen los revolucionarios socialistas.

Al apartarse, pues, de la realidad con su voto en favor de la lucha de clases, los socialistas han procedido con lógica, precipitando al mismo tiempo su ruina, entregados á la utopía y empeñados en ir en contra de la naturaleza de las cosas.»

Y así es la verdad. Su Santidad el Papa León XIII, de gloriosa memoria, bien lo dejó dicho en su nunca bastante ponderada Encíclica en pró de los obreros, de la que el socialista M. Lafargue no ha vacilado en afirmar que es el documento más admirable de ciencia económica que ha visto la luz pública en el siglo XIX, reputándola otros muchos tratadistas eminentes de *Carta fundamental del trabajo en la sociedad contemporánea*.

El error capital de la cuestión presente, decía León XIII, es el creer que las dos clases son enemigas natas unas de las otras como si la naturaleza hubiera armado á los ricos y á los pobres para que combatiesen mutuamente en un duelo obstinado. Es ésta una aberración tal, que, por el contrario, hay que colocar la verdad en una doctrina

totalmente opuesta; pues del mismo modo que en el cuerpo humano los miembros á pesar de su diversidad se adaptan maravillosamente uno á otro de modo que forman un todo exactamente proporcionado y que se puede llamar simétrico, así en la sociedad las dos clases están destinadas por la naturaleza á unirse armoniosamente y mantenerse mutuamente en un perfecto equilibrio. Ambas tienen imperiosamente necesidad la una de la otra; no puede haber capital sin trabajo, ni trabajo sin capital.

La concordia engendra el orden y la belleza; por el contrario, de un conflicto perpetuo no puede resultar más que confusión y luchas salvajes.

Reasumiendo, para terminar, cuanto llevamos dicho acerca de las cuestiones sociales que más te afectan, y de ese partido socialista que más nefasta influencia ejerce en tí, ¿cuáles son las reivindicaciones del proletariado en nuestros días?

El reconocimiento de los derechos de los pobres y de los que trabajan, la mejora de su condición, la protección á las mujeres y á los niños, el descanso obligatorio y la debida intervención del pueblo en el gobierno de los Estados.

En verdad te digo, pueblo amigo, que para conseguir estas cosas y todas las demás que á tus intereses morales y materiales convienen, no necesitabas afiliarte al socialismo que te engaña miserablemente, como acabas de ver; bastábase no haberte movido del campo de la sociología cristiana, pues en este asunto y respetando siempre los derechos del individuo, el programa católico, los católicos han llegado á donde no pueden llegar los socialistas.

Las leyes protectoras de la infancia, de la mujer y del obrero enfermo ó herido; las que regulan el precio y las horas del trabajo; las que tienden á resolver los conflictos entre capitalistas y trabajadores... toda esa legislación social que parece ser la nota característica de la política contemporánea se debe, en gran parte, á los filósofos, publicistas y hombres de acción del catolicismo que un día y otro han venido sosteniendo la necesidad de que el Estado moderno diese fuerza coactiva á los reglamentos tradicionales de las organizaciones gremiales informadas del espíritu cristiano y destruidas por la Revolución que sembró por doquier la semilla de la rebelión y la indisciplina; por esa Revolución que atacando en su fundamento religioso y moral á la sociedad, quiso herirla de muerte, consiguiéndolo en parte, ayudado por las sectas siempre dispuestas á demoler; por esa Revolución que halagando los instintos de los pobres, de los desheredados, les prometió un mundo nuevo, un verdadero paraíso, para hundirles luego en un infierno de dudas y penalidades...

Apártate, pueblo querido, de una vez y para siempre de todas esas escuelas y doctrinas contrarias á la cristiana, á la católica, porque ellas, sin exceptuar ni una sola, primero miran sus intereses particulares y su sed de riquezas, después al obrero, pero al obrero para vejarse, explotarlo, y cohibirle; muy al contrario del cristianismo que primero considera al hombre, después al interés y por esta gradación que es la justa y legítima, no consiente ni tolera que el obrero sea explotado bajo ningún pretexto y mucho menos por el de aumentar el caudal de otro hombre igual á él y hermano suyo en nuestro Padre común que es Dios.

Ven, acógete á esta doctrina salvadora, vuelvo á suplicarte á esta doctrina de la Iglesia de Cristo, el Obrero de Naza-

reth, á esta sublime é inimitable doctrina, firme en sus principios y verdades, la única que resuelve en sentido satisfactorio y segura razón cuál es el justo y equitativo reparto de las riquezas; la única que puede hacerte libre y feliz.

Perfecto Amigo

EL SACERDOTE CATÓLICO

Entre muchísimos casos que pudieran citarse del sacerdote católico perdonando generosamente á sus enemigos, os citaré dos para vuestra enseñanza: ayer era el R. P. Nozaleda quien después de verse en los Tribunales clara, inmaculada su conducta como sacerdote, como autoridad y como español perdona á sus calumniadores que sin este perdón lo hubiesen pasado mal.

Hoy es el Ilmo Señor Arzobispo de Valencia, insultado groseramente en el Ayuntamiento por unos concejales republicanos á quienes el gobierno procesó y que el señor Arzobispo á las indicaciones del Juez de la causa de si quería mostrarse parte contesta que no, que perdona todo, que olvida las pasadas faltas de los concejales sin duda cometidas en momentos de ofuscación...

El Sacerdote católico es así, queridos obreros aunque otra cosa os digan cuatro parlanchines por no llamarles de otro modo.

El sacerdote católico es bondadoso con los que le insultan por que Dios manda perdonar las injurias y compadecer al injuriador, pero es intolerante, severo, inflexible, con los que insultan á Aquel que es Soberano Señor de todo lo creado á Aquel de quien el sacerdote es representante en la tierra. Obrar de distinto modo sería faltar á su deber.

Cristo dió el ejemplo, perdonando á los que le crucificaron y castigando severamente con su propia mano á los que profanaban el templo de su Padre.

No olvidéis estas observaciones, queridos obreros, ellas os pondrán al tanto de muchas cosas.

CHARLA

—Hola Andrés, mucho hace que no te veo.

—Y al paso que vamos pocas veces más me verá V.

—Qué también tú piensas marcharte á América?

—No sabe uno lo que hacer, señor; si me voy me expongo á morir de hambre allá, y á que se mueran de hambre mi mujer y mis hijos aquí: si me quedo, pues nos morimos de hambre todos juntos ¿V. cuál escogería?

—Hombre ¡yo ninguna de las dos cosas!

—A mi tampoco me hace gracia, ninguna de las dos, pero no encuentro otra solución.

—Hoy lo ves todo negro! Ten ánimo, Andrés.



—Negro lo veo todos los días, y cuanto más vamos, más oscuro se pone. V. me dice que tenga ánimo, pero yo quisiera saber qué es lo que tengo que hacer para no morir de hambre.

—Pues trabajar.

—Qué más quisiera yo, pero en qué? ¿dónde? Por moverme no queda. Apenas huelo donde hay trabajo, ya estoy allí más ligero que el viento.

—Ni aún así lo encuentras?

—Trabajo dos ó tres días; ó una semana y luego vuelta á parar.

—Pues á buscar de nuevo.

—Sí, y mientras lo encuentro se pasan seis, ocho, diez días ó más y entretanto ¿qué como? ¿y qué doy á mis hijos?

—Procura ahorrar un poco los días que trabajas.

—Muy fácil es dar consejos, señor; con un jornal de ocho reales pague V. casa y luz, coma V. lo suficiente para tener fuerzas para el trabajo; alimente V. la mujer y los hijos, y ya me dirá lo que queda para ahorrar.

—¿No os dan más que ocho reales?

—¡Y gracias! Dentro de poco, y al paso que vamos nos darán seis.

—Eso no puede ser.

—Ya verá como es. Pasa aquí lo que con los pimientos en la plaza, cuando hay pocos pimientos y muchos que los quieren se pagan bien, pero cuando hay muchos pimientos y pocos que los compran hay que venderlos casi de balde, no le dan por ellos á uno ni lo que valen.

—¿Crees tu que lo mismo pasa con los obreros.

—Lo mismo, señor, ahora somos muchos los que vendemos trabajo y muy pocos los que quieren comprarlo, y hay que darlo tan barato, tan barato que no saca uno para vivir.

—Pues no debía ser así: porque sois hombres y tan hijos de Dios como cualquier otro; si trabajáis á conciencia tenéis derecho á que os den por lo menos lo necesario para la vida.

—Con el derecho nos quedaremos, pero los cuartos se quedarán en el bolsillo del rico; porque, persuádase, señor, el fuerte y el poderoso es el que pone la ley y á nos otros nos toca rabiar y aguantarnos.

—Pues vuelvo repetir que no debía ser así.

—Pero así es y así será.

—Si vosotros queréis que sea así, así será, pero entonces se os podrá decir aquello de «sarna con gusto no pica.»

—Lo que es como de mi dependiera, no sería así, yo se lo aseguro.

—Pues de ti depende.

—V. se olvida de que soy un pobre obrero?

—De ti, pobre obrero! y del otro, pobre obrero! y del de mas allá, pobre obrero! en una palabra, de vosotros los obreros depende que sigan las cosas así, ó que cambien y comiencen á ser como deben ser.

—V. quiere burlarse!

—De ninguna manera. Dime, ¿qué se necesitaría para que los ricos no abusaran de los pobres y los fuertes no oprimiesen á los débiles?

—Que hubiera alguno que les atase corto prohibiéndoles abusar del pobre y que ellos estuviesen persuadidos de que si la hacían, la pagaban.

—Pues Dios se lo prohíbe y les tiene amenazados con terribles castigos despues de esta vida. No es cosa de broma sufrir tormentos por toda la eternidad!

—A muchos de esos señores no les hace ninguna gracia oír esas cosas.

—Ya lo creo que no; y para que no se

les digan y les dejen vivir á sus anchas quieren persuadirse y persuadirnos á vos otros de que no hay Dios, ni hay otra vida.

—Claro está, eso es lo que ellos quieren; hacer aquí lo que les da la gana, reventar al prójimo, y que no haya quien les pida cuentas, y les ponga las perras á cuarto.

—A cuarto y á perrina se las pondrán, pero lo que conviene es que ellos no puedan olvidarlo, aunque quieran, y para eso que no lo olvidéis vosotros, y que procureis se les repita á ellos en todos los tonos para que hasta los sordos lo oigan.

—Señor, pero V. ya tiene experiencia de lo que pasa. Quieren algunos tener dinero, y les parece el medio mas sencillo, robando, aunque sea matando al dueño; saben que les llevarán á la cárcel y que tal vez les corten el gañote, y con todo roban y matan.

—¿Qué tiene que ver eso con lo que yo te iba diciendo?

—Pues lo digo al tanto de que hay señores que ya saben que Dios les ha de juzgar y sienten su escarabajo en la conciencia, pero no atienden mas que á lo de ahora, y con tal de hacer dinero les importa poco robar y matar de hambre al pobre obrero.

—En ese caso ya sabes tu lo que tenéis que hacer.

—Si, lo que dije antes, rabiar y aguantarnos.

—Rabiar nunca, y aguantarse en ese caso tampoco, eso sería lo mismo que acreditaros de tontos.

—Entonces aconsejeme V. dígame lo que debemos hacer.

—Si vienen á tu casa á robar y á matarte, ¿qué haces tú? rabiar y aguantarte?

—No, hombre, no, eso sería ser tonto.

—Pues ¿qué haces?

—Si yo solo no puedo contra los que vienen, me uno con los vecinos para defender las pocas perras que baiga en casa y conservar mi pellejo.

—Y estaría bien que una vez que hubieras despachado al ladrón, les dijeras á tus compañeros: ahora que somos muchos y tenemos fuerza vamos á robar á D. Fulano que tiene muchas perras; ¿estaría eso bien?

—No señor, que eso es contra el septimo mandamiento de la ley de Dios; defender mis perras y mi pellejo si, pero robar nunca y á nadie, aunque tenga mas millones que pelos en la cabeza.

—Ahí tienes, eso es lo que debéis hacer vosotros los obreros católicos y honrados, uniros, no para robar al rico y para oponeros á lo bruto contra todo el que sea mayor que vosotros, sino para apoyaros y socorros mutuamente, para defenderos cuando los grandes y poderosos tratan de oprimirnos.

—Tiene V. razón, señor, eso es lo que nos hace falta.

—Si, Andrés ahí está vuestra felicidad. Lo que te digo á ti quisiera que lo oyeran todos los obreros. Sed católicos de veras, y seréis honrados; sed honrados, y el tiempo que habiais de gastar en vicios lo gastaréis en instruiros: sed instruidos, y entonces encontrareis medios de levantar vuestra clase y mejorar vuestra posición. ¡Obreros, la union, la instrucción la moralidad: esas son vuestras armas; con ellas conseguireis el triunfo!

## EXTRAORDINARIA Y REPENTINA CURACIÓN

Extractamos de «El Universo»  
Hacia dos meses que Cerecilia Berlatto.

de veintiocho años de edad é hija legitima de D. Juan se hallaba gravemente enferma en Pianiga (Venecia) pueblo de su residencia con una terrible pleuritis y atacado el pulmón derecho. La gravedad del mal unida al sufrimiento, la había convertido en un verdadero esqueleto; por lo que en vista de su estado el facultativo que la asistía no daba la más remota esperanza de curación, habiéndola desahuciado. El viernes 22 de Febrero último se le administraron los Santos Sacramentos y despues de despedirse tiernamente de toda su familia entró en la agonía; cuando de un momento á otro pare que iba á expirar he aquí que de pronto, vuelve en sí, junta las manos, abre los ojos, y grita: *María auxiliadora me ha sanado; el Corazón de Jesús me ha cono gracia.* Ios presentes quedaron estupefactos; ella mandó que saliesen todos y que se quedasen solamente su madre y sus hermanas. *Mamá—le dice al punto en alta voz—tráigame usted el vestido negro; quiero vestirme.*

La madre quedó como fuera de sí, y hasta llegó á creer que su hija se había vuelto loca; pero ésta la tranquilizó diciéndole: *Mamá, estoy completamente sana... puedo respirar perfectamente;* y diciendo esto se levantó y se vistió ella sola, bajando las escaleras, entre las aclamaciones de los presentes, que gritaban: *¡Viva María Auxiliadora!* La joven en cuestión andaba sola por la casa y fuera de ella, se sentó á la mesa con los parientes, bebió un poco de vino, y sin que nadie le ayudara, volvió á subir las escaleras, entró en su cuarto, donde, haciendo que todos se arrodillasen, empezó á rezar el santo rosario y á cantar las letanías en voz altísima y robusta; y llegando á la invocación *Salus infirmorum* «Yo estoy sana» exclamó: *¡Viva María Auxiliadora!*

Por noticias posteriores se sabe que en la actualidad sigue en estado de perfecta salud sin que de la enfermedad haya quedado el menor vestigio.

¡Y aun hay quien niega los milagros!...



## «El Amigo del Pobre»

### Precios de suscripción

300 números al mes ó sean 100	cada quincena	5 pts. al mes.
120 núms. (60 por quincena)..	3 » al »	
80 » (40 » » )..	2 » al »	
40 » (20 » » )..	1 » al »	
20 » (10 » » )..	50 al »	

Incluidos gastos de correo sin certificar.

Los encargos y suscripciones de la localidad en el comercio «La Epoca» Saz Bernardo, 23.

La correspondencia de provincias dirijase al Director de «El Amigo del Pobre» Gijón.

Repartiéndose esta publicación gratuitamente, por cárceles, hospitales, escuelas de adultos y otros sitios públicos advertimos á los señores suscriptores, que si no quieren mas que un número dejándonos los demás que les corresponden para los fines expresados, serán religiosamente cumplidos sus deseos por nuestra parte, contando como contamos con activos corresponsales.

Los pagos de fuera de la localidad, que agradecemos sean anticipados, pueden hacerse en libranza del giro matuc ó en carta con sellos de 0,15 de poseta ó de 0,25.

Imp. de «El Popular»